

Organizado por el Centro de las Letras Españolas

# Encuentro con José Hierro

## Escritores y críticos le rindieron homenaje

El poeta **José Hierro**, Premio Nacional de las Letras Españolas 1990, fue objeto de un Encuentro-homenaje que organizó el pasado mes de junio el Centro de las Letras Españolas, del Ministerio de Cultura, con la colaboración de la Fundación Juan March, la Fundación AEDE, la Fundación Cultural Mapfre Vida, la Fundación Santillana y la Universidad Popular de San Sebastián de los Reyes. A lo largo de dicho mes se celebraron, en la sede de algunas de las instituciones citadas, diversas actividades: cinco conferencias, en la sede de la Fundación Juan March, los días 3, 6, 11, 18 y 20, a cargo de **Ildefonso Manuel Gil**, **Emilio Alarcos**, **Carlos Bousoño**, **Víctor García de la Concha** y **José Olivio Jiménez**, respectivamente, y mesas redondas, en la Fundación Cultural Mapfre Vida, con lectura de poemas de José Hierro, en las que participaron diversos escritores y críticos literarios. La clausura de este Encuentro, el 27 de junio, celebrada en la Fundación Mapfre Vida, contó con la intervención de **Manuel Alvar**, **Rafael Alberti**, **Octavio Paz** y el propio **José Hierro**.

Asimismo, en la Fundación Juan March se proyectó un video sobre el poeta, realizado por la Universidad Popular de San Sebastián de los Reyes, y del 3 al 27 de junio estuvo abierta, en el hall del salón de actos de la Fundación Juan March, una exposición documental sobre Hierro, con libros suyos —entre ellos, primeras ediciones de obras como *Quinta del 42* y *Cuanto sé de mí*—, fotografías y cartas y cuadros realizados por el escritor, quien además de poeta es un buen conecedor del arte y ha publicado diversas obras en este campo.

En el acto inaugural del Encuentro, en la Fundación Juan March, el director gerente de esta institución, en sus palabras de bienvenida, señaló que «desde 1959, en que Hierro ganó el Premio de Poesía de esta Fundación por su memorable libro *Cuanto sé de mí*, hasta hoy, su colaboración con nuestras actividades ha sido incesante y continua: Hierro ha sido miembro de varios de nuestros Jurados de Premios y Becas de Creación Literaria y Artística a lo largo de los años; ha sido conferenciante en esta misma sala en varias ocasiones; autor de textos para nuestro *Boletín Informativo* y nuestra revista crítica de libros *SABER/Leer*; crítico y presentador de muchas de nuestras exposiciones de arte, y ha sido también miembro de la Comisión Asesora de esta Fundación en 1987 y 1988. Todo un palmares de colaboraciones que nos ha servido a quienes aquí trabajamos para considerar a José Hierro como uno de los hombres más destacados de nuestro mundo cultural, más modesto, más leal y más amistoso».

Seguidamente pronunció unas palabras el director general del Libro y Bibliotecas, **Federico Ibáñez**, quien apuntó que «la obra de José Hierro, por su singularidad, forma parte de la riqueza de nuestra sociedad, que la ha recibido como un don», y añadió que «la sociedad se ha apropiado de los versos, de la creación de José Hierro y ha hecho suyos unos poemas que se han fraguado en nuestra memoria colectiva para hacerse perdurables».

En páginas siguientes se ofrece un resumen de las cinco conferencias impartidas en la Fundación.

## Ildefonso Manuel Gil

# El romancero particular de José Hierro

El Romancero particular de José Hierro contiene más de la mitad de los poemas que forman la edición de *Cuanto sé de mí*, de Seix Barral, 1974, es decir, toda su producción poética, desde *Tierra sin nosotros* (1946) hasta *Libro de las alucinaciones* (1964). No considero que ese romancero de Hierro haya de limitarse al verso octosilábico ni a la inclusión de los tradicionalmente denominados romances cortos, ya que gran número de sus poemas escritos en su preferido verso eneasilábico son verdaderos romances.

En su prólogo a la edición de sus *Poesías completas*, hecha en 1962 por Vicente Giner, nos establecía el poeta la distinción entre «reportaje» y «alucinación» como dos tipos de poesía, asignando a aquél la necesidad de un lenguaje más directo y un tono narrativo. De esos dos caminos que sigue la poesía de José Hierro, ninguno de ellos ha corrido nunca el riesgo de rozar siquiera los linderos del prosaísmo. En toda su obra poética y, por tanto, en su *Romancero particular*, que contiene la mayor colección de «reportajes», muchos son los poemas que funden armónicamente esos dos «caminos» de su poesía. En términos generales, los «reportajes» son la base del *Romancero particular* de Hierro.

La musicalidad de la poesía total de José Hierro es admirable hasta la decidida ejemplaridad. Nunca he echado en falta el ritmo externo e interno que hila cada poema, lo mismo cuando se trata de un romancillo que cuando se leen versículos. Esto se da



casi siempre en perfecto servicio a la condición estética de la Poesía. El tratamiento que Hierro da a sus romances es muy variado. Los menos mantienen rigurosamente la unidad de metro; la mayoría utiliza la inclusión de versos más cortos. El romance eneasilábico es el más característico. En sus versos, además de aparecer la vocación musical de su escritura, asoma uno de sus recursos expresivos más presentes: la reiteración; en este caso, epanófora.

*Quinta del 42*, de 1953, para mí uno de los más bellos e importantes libros de la poesía española contemporánea, interrumpe el hasta entonces constante predominio del romance eneasilábico sobre el genuino romance.

Que se edite como tal o no, la existencia del *Romancero de José Hierro* es por gran fortuna una hermosa realidad y la mejor prueba de la excelente salud que sigue teniendo la forma más característica de la poesía española.

*Agenda*, de este año, nos ha traído la alegría de un libro nuevo del Premio de las Letras 1990. Sus aportaciones a la poesía están a la altura de las grandes expectativas que su salida había suscitado. El poema «La casa», como todos sus hermanos, es un canto. Como si fuese —y estamos seguros de que no lo va a ser— el epílogo decisivo de la poesía total de su autor, no es sólo un fiel repertorio de su estructura poética, sino una síntesis estética de la criatura humana —como tal, criatura del tiempo— que José Hierro es.

*Carlos Bousoño*

## Frustración y nostalgia del paraíso perdido

Realismo, biografismo, poesía testimonial, narrativismo, lenguaje natural y dimensiones constituyen ingredientes fundamentales del estilo de Hierro, que éste expresa con notas diferenciadoras, intensamente personales: un sentimiento de frustración y melancolía, una suprema perfección expresiva y una suavidad sedosa del verso serán características suyas.



La versificación de este poeta se obtiene de modo incesante como sin esfuerzo alguno en un logro completo. Ni asomos, en ningún momento, de un ripio o un relleno para completar o hacer posible el ritmo. Jamás un énfasis, por supuesto, mas tampoco un prosaísmo en el mal sentido que esta palabra pueda tener. Y conste que tal podría haber sido el peligro de la nueva situación estilística en la que Hierro se encuentra, peligro en el que tantos de sus coetáneos cayeron.

La época hacía en cierto modo probable que el «prosaísmo», entre comillas, pudiera convertirse fácilmente en prosaísmo sin comillas. Y ése fue uno de los escollos que había de sortear la poética de entonces. Que unos cuantos líricos (entre ellos el homenajeado) no tropezaran en tales sirtes es de señalar y de enaltecer, y nos dice, ya de entrada, la categoría de tales autores, entre los que Hierro resulta uno de los que más sobresalen.

Hierro, para decirnos de la vida y de la realidad, necesita cantar las cosas perdidas y, por tanto, entrar en el discurso de la frustración, característica que siendo, en cuanto a la causa, de origen cosmovisionario, tiene también, en cuanto al estímulo, un fuerte

impulso biográfico: el trauma terrible que debió de sufrir Hierro cuando a los 15 años hubo de pasar, durante cinco, nada menos, por las penalidades de la prisión política. No nos asombra, pues, tras decir esto, que su poesía parta de las nostalgias del paraíso infantil perdido.

La frustración es una de las claves fundamentales de Hierro, pues explica los dos tipos fundamentales en que se desenvuelve toda la obra de nuestro poeta («reportajes» y «alucinaciones») y también el procedimiento poemático decisivo de sus versos: la utilización, verdaderamente masiva, de un curioso procedimiento reiterativo, a base de varios y hasta de numerosos «leit-motivs» (a veces hasta ocho) que van apareciendo en formas de rondas, repetidas hasta tres y cuatro veces algunas de ellas, y en ocasiones más, en cada texto.

Por lo general, la suya es una voz voluntaria y eficazmente gris, en donde pocas veces se produce el escándalo de un color violento que se destaque del conjunto, ni un verso que quiera llamar la atención sobre sí mismo. El verso aislado no quiere destacar de la totalidad de la composición en la que se halla inserto, pues es esa totalidad la que en el nuevo tiempo, con escasas excepciones, se lleva el protagonismo poemático. En el caso de Hierro, este hecho se combina con la idea de frustración, pues sin duda la sordina que el autor aplica a cuanto enuncia se relaciona con el sentimiento de fracaso, de no vivir en el mundo de los dioses, tan propio éste de la perdida infancia.

Emilio Marcos

## El misterio de la vida, rasgo permanente

En el panorama de la lírica española posterior a la guerra civil, entre los poetas que fueron jóvenes por los años cuarenta y cincuenta, uno de los más calificados es José Hierro. Hierro es uno de los poetas que tienen ideas más claras y precisas cuando se ponen a escribir en prosa sobre la poesía. El cree en la existencia de la Poesía, con mayúscula, reino ideal o latente que existe aun cuando no hubiera poetas. No se atreve a definirla (piensa que «es propio de locos, es decir, de poetas»). Para Hierro, el poeta «traduce» la poesía al lenguaje humano; debe, pues, estar atento a su objetivo, comunicar la poesía y no distraerse con los medios, es decir, tiene que evitar «que le seduzcan las palabras y olvide la Poesía». De este criterio proviene la desnudez de la expresión y lo difícil de juzgar por dónde consigue el poeta comunicarnos lo poético con palabras poco rebuscadas, corrientes, aunque nunca vulgares. Para Hierro, la creación poética conlleva estos dos momentos complementarios: la iluminación y la reflexión.

Para Hierro existen dos modos de operar poéticamente con la base de los hechos. Nos narra pocos hechos de su tiempo y de su vida, aunque estén siempre soterrados, nutriendo las raíces de sus versos, irradiando sombrías claridades. Nos canta sólo el reflejo emocional de esos hechos, la emoción pura. Poéticamente los factores personales no interesan. Incluso cuando Hierro parece que va a ser minucioso cronista, los hechos no se muestran, se aluden discretamente,



misteriosamente, como mera apoyatura de los sentimientos que canta. El misterio de la vida, misterio ambivalente y sugeridor, se convierte en rasgo permanente de la poesía de José Hierro. Partiendo siempre de la realidad, ésta se escapa, la anécdota desaparece y queda sólo el

aroma del sentimiento brotado de aquélla.

El poema, para Hierro, debe ser un todo indivisible en que los motivos y las variaciones se entrecruzan ordenadamente y se desarrollan precisos hasta su cierre. Así los libros de poemas también deben tener unidad de tema y tono. En su poesía actúa la búsqueda del tiempo perdido, el vano esfuerzo por reconstruir el pretérito. Y este buceo en las aguas del tiempo es un buscarse a sí mismo, sin reencuentro posible.

Esta melancolía es lo que pudiéramos llamar el tono menor en la poesía de Hierro (aprovechándonos de su equiparación del verso a la música). El tono mayor, que domina en otros poemas, sería la *alegría*. Es la alegría de estar vivo. Entre los dos extremos —melancolía espontánea y alegría deliberada— se mueve la poesía de Hierro. Predomina una u otra, pero ambas están presentes.

Hierro canta lo que ha visto y lo que sabe, la realidad reflejada o hundida en sus pozos interiores; no la anécdota, sino el temblor de las oscuras aguas de su adentro, esas criaturas inefables, jamás transmisibles en su totalidad perfecta, pero que sacuden íntimamente al lector con vibración amplia y persistente.

José Olivio Jiménez

## La analogía y la ironía, claves en su poesía

La poesía de José Hierro descansa, en su sustrato más sólido, sobre una extremada lucidez de la inexorable temporalidad inherente a la condición humana, con todas sus implicaciones: finitud y muerte, quiebra y fracaso de todos los sueños (el del amor, principalmente incluido), desaliento y cansancio, melancolía y resignación. Y también en ocasiones —cómo no— sobre la protesta y la rebeldía. Porque como español que fue testigo y sufridor de unos tiempos oscuros, los de la difícil posguerra, también hubo de recoger el eco dolorido de los males colectivos que la Historia impuso a la sociedad de sus años. Y aún se da una tercera manifestación de la conciencia crítica en su trabajo lírico, acrecida ésta progresivamente: la duda y reflexión del poeta sobre su misión, sobre el sentimiento de su canto.

Se ha intentado siempre diagnosticar y relacionar la veta innegable del lirismo de Hierro con los postulados y principios del coetáneo pensamiento existencial de nuestro siglo, y ello ha sido indudablemente correcto. Pero menos se ha observado —aunque sí en los últimos tiempos— que desde aquellos mismos fondos sombríos pugnaba siempre por abrirse paso un gesto de aupamiento y de iluminación, dirigido a la conquista del Tiempo único, totalizador. Esos dos amplios movimientos —uno negativo y realista, el otro positivo e idealista— pueden condensarse, de modo respectivo, en estas dos valoraciones terminológicas: ironía y analogía. Será cuestión de observar cómo en



Hierro el punzón de sombras de la conciencia (esto es, la ironía) va taladrando tercamente el ensueño luminoso del espíritu (o sea, el salto analógico). Desde los orígenes del romanticismo, esa lucha ha regido los avatares de toda la lírica moderna.

La ironía ha conocido, en el campo de la poesía, de múltiples y variadísimas canalizaciones. De un lado, está la ironía sentimental y que Hierro prefiere calificar como «melancólica»; y está la ironía trágica, tampoco ausente en la poesía de Hierro. Y tenemos eso otro inalcanzable por la ironía, que puede tener varios nombres: fe apasionada en lo Absoluto y el infinito; certidumbre de una Unidad suprema que rige los movimientos rítmicos de la Creación y el Universo; y sobre todo, proyección identificativa del yo individual, del alma personal, hacia el alma total y única del mismo Universo. Porque la analogía lee el Universo como un vasto lenguaje de ritmos y correspondencias. Ironía y analogía son las claves que mejor pueden propiciar la más cabal apreciación de la total poesía de José Hierro.

Hombre de sus años y sufridor de algunas de las más amargas experiencias (personales y colectivas) de nuestro tiempo histórico, a Hierro le es imposible mantenerse, más allá de unos instantes, en el éxtasis jubiloso. Pronto un tirón brusco hacia abajo se producirá en él, su retorno fatal a la conciencia irónica, lúcida y dolorosa. Subir y descender, erguirse y caer; éste es el ritmo que dibujan entre sí los sucesivos momentos poéticos de Hierro.

Víctor García de la Concha

## Cazador de libélulas y entomólogo, eso es el poeta

Yo sé que a Pepe Hierro no le gusta que los profesores exhumemos poemas primerizos, que él ha decidido —y todos sabemos lo terco que es— no integrar en el corpus definitivo de su obra. Quiero recordar, de todos modos, un soneto que él ha desheredado. Lo escribió en 1938, 1939, como umbral —y así se titula— para el conjunto de diez poemas *Junto al mar*, de su hermano de alma José Luis Hidalgo, rudo cántabro.

Me he acordado de este poema, nada más abrir, hace unos meses, *Agenda*, y no porque en la docena escasa de composiciones que forman la primera parte de este libro, siete tengan protagonista al mar o sean justamente siete aves junto al mar. No, ha sido la lectura del formidable «Prólogo con libélulas y gusanos de seda» lo que me ha traído al recuerdo, en un juego de ecos, aquella hermosa pieza «cenicienta» por culpa de Hierro.

José Hierro ha explicado en varias ocasiones su Poética, apuntando la filosofía en que se sustenta. Así, en el breve ensayo escrito para la *Antología Consultada* (1952), en los prólogos a las ediciones de sus *Poesías escogidas* (1960), de las *Poesías Completas* (1962), de la *Antología de la poesía social*, preparada por Leopoldo de Luis, en 1965, en sus lecciones tituladas «Palabras ante un poema», en el libro *Elementos formales en la lírica actual*, de la Universidad Menéndez Pelayo, en *Reflexiones sobre mi poesía*, de la Universidad Autónoma de Madrid, etc. Pero a mí me interesa fijar la atención en sus poemas, especialmente en unas cuantas composi-



ciones marcadas tipográficamente por la cursiva y que situadas casi siempre al principio de los libros, vienen a construir el marco en que cada uno se encuadra, un marco —me apresuro a decirlo— que no es externo al discurso del libro, sino que funciona como su molde activo, poemas que funcionan a modo de abertura enunciando el tema o los temas que se van a ir desarrollando y fijando, a la vez, el tono general de la composición.

Recordemos ese prólogo: cazador de libélulas y entomólogo a la vez, eso es el poeta, también gusano de seda, que va segregando hilos de oro y edificando su propio túmulo para morir y resucitar al mismo tiempo, convertido en mariposa torpe y gorda, que nace a cambio de destruir lo que fue la razón de vivir y de morir, de alguien que fue ella misma. En el hueco que deja queda una maquinaria —eso es el poema escrito—, una maquinaria como de automóvil, pongo el motor en marcha, le hablo de libélulas, de gusanos de seda, le pregunto qué será lo que yo quería decir.

Desde el comienzo mismo de su andadura poética, ha concebido Hierro la poesía como una actividad a primera vista en dos tiempos: el tiempo de la inspiración y el tiempo de la concreción en la maquinaria verbal.

En esta línea, que podría calificarse como intensamente idealista, escribía ya para la *Antología Consultada*: «existiría la poesía aun sin los poetas, que son sus meros transmisores, meros traductores al lenguaje humano».